

Capacitador Sermones agosto CGI (Sermones Septiembre 2026)

<u>6 de septiembre</u>	<u>1</u>
<u>13 de septiembre</u>	<u>15</u>
<u>20 de septiembre</u>	<u>28</u>
<u>27 de septiembre</u>	<u>40</u>

● **Sermón** del 6 de septiembre
Domingo 18 del Tiempo Ordinario

INICIO

Reflexión: Cuando nuestro mundo se siente dividido, es una buena noticia que Jesús pueda ayudarnos en nuestras relaciones, especialmente cuando discutimos o guardamos rencor. Él puede acompañarnos cuando intentamos reconciliarnos con alguien que nos ha herido, y con la ayuda de Dios, podemos ver a los demás como Jesús los ve, tratarlos con bondad y sanar nuestras relaciones rotas.

Escrituras principales

[Salmos 149:1-9](#) • [Éxodo 12:1-14](#) • [Romanos 13:8-14](#) • [Mateo 18:15-20](#)

El tema de hoy es que Dios nos dio una manera de recordar que nos salva. Nuestro salmo de llamado a la adoración nos recuerda alabar al Señor que se complace en su pueblo y ejecuta juicio contra sus enemigos. Nuestra lectura del Antiguo Testamento del Éxodo contiene las instrucciones del Señor a Moisés sobre cómo preparar y celebrar la Pascua del Señor, un día apartado como día de recuerdo de Dios salvando a Israel mientras ejecutaba juicio sobre Egipto. La lectura epistolar de Romanos habla de las implicaciones de la salvación en términos de apartarse de las obras de las tinieblas y revestirse de la armadura de la luz. En la lectura del Evangelio de Mateo, Jesús habla de buscar la reconciliación con aquellos que pecan contra nosotros.

Dios nos dio una manera de recordar que Él nos salva.

[Éxodo 12:1-14](#) (NVI)

Durante los dos últimos domingos, hemos presenciado el relato del rescate divino en el Éxodo. Primero, vimos que, incluso cuando Dios parecía ausente, ya estaba obrando. Mientras Israel sufría la esclavitud y la opresión, Dios preservaba la vida y preparaba a un libertador mediante actos de valentía y fidelidad. La semana pasada, nos encontramos con Moisés en la zarza ardiente y descubrimos que el Dios que parecía callado no se había olvidado de su pueblo. Dios vio su sufrimiento, escuchó sus clamores y descendió para rescatarlos.

En conjunto, estos pasajes nos recuerdan que, incluso cuando no podemos verlo, Dios está obrando para rescatarnos. Dios desciende. Dios no nos abandona. Dios cumple sus promesas.

Hoy llegamos a un punto crucial en la historia del Éxodo. Hasta ahora, hemos conocido a Moisés, el hombre al que Dios llamó para liberar a su pueblo de la esclavitud en Egipto. Leímos sobre el nacimiento y la crianza de Moisés, y su llamado por Dios en la zarza ardiente. Ese fue el capítulo 3. Hoy retomamos la historia en el capítulo 12. Esta semana es un buen momento para leer [Éxodo 4-11](#), los capítulos intermedios.

Si lo haces, conocerás a Aarón, el hermano de Moisés. Dios le dio a Aarón para que ayudara a Moisés a hablar con el faraón y con el pueblo de Israel. Juntos transmitieron el mensaje de Dios al faraón una y otra vez: «Deja ir a mi pueblo».

El faraón se niega. Como consecuencia, Egipto sufre una serie de nueve plagas devastadoras. La historia alcanza su punto álgido. Se avecina un juicio final, una última plaga: la muerte de todos los primogénitos del país, tanto humanos como animales.

Estamos en vilo; queremos saber qué pasará después.

En cambio, Dios interrumpe la acción y da instrucciones detalladas para una comida llamada Pascua. Al principio, esto puede parecer una interrupción. Pero veremos cuán importante es esta «pausa».

Al escuchar estas antiguas instrucciones, no solo estudiamos una antigua ceremonia religiosa. Se nos recuerda que todos necesitamos la salvación, y que solo Dios salva. La salvación es el rescate de Dios del pecado, la muerte y sus consecuencias. La

salvación es la liberación del mal y la libertad para una nueva vida en él. Dios nos dio una manera de recordar que él nos salva.

Leamos:

La Pascua

12 En Egipto el Señor habló con Moisés y Aarón.

Les dijo: 2 «Este mes será para ustedes el primero; será el primer mes del año. 3 Hablen con toda la comunidad de Israel y díganles que el día décimo de este mes todos ustedes tomarán un cordero o un cabrito por familia, uno por cada casa.

4 Si alguna familia es demasiado pequeña para comerse un cordero o un cabrito entero, deberá compartirlo con sus vecinos más cercanos, teniendo en cuenta el número de personas que sean y las raciones de cordero que se necesiten, según lo que cada persona haya de comer.

5 El animal que se escoja puede ser un cordero o un cabrito de un año y sin defecto, 6 al que cuidarán hasta el catorce del mes, día en que la comunidad de Israel en pleno lo sacrificará al caer la noche.

7 Tomarán luego algo de esa sangre y la untarán en los dos postes y en el dintel de la puerta de la casa donde coman el cordero.

8 Deberán comer la carne esa misma noche, asada al fuego y acompañada de hierbas amargas y pan sin levadura. 9 No

deberán comerla cruda ni hervida, sino asada al fuego, junto con la cabeza, las patas y los intestinos.

10 Y no deben dejar nada para mañana. En caso de que algo quede, lo quemarán al día siguiente. 11 Comerán el cordero de este modo: con el manto ceñido a la cintura, con las sandalias puestas, con la vara en la mano y de prisa. Se trata de la Pascua del Señor.

12 »Esa misma noche pasaré por todo Egipto y heriré de muerte a todos los primogénitos, tanto de personas como de animales, y ejecutaré mi sentencia contra todos los dioses de Egipto. Yo soy el Señor.

13 La sangre servirá para señalar las casas donde ustedes se encuentren, pues al verla pasaré de largo. Así, cuando hiera yo de muerte a los egipcios, no los tocará a ustedes ninguna plaga destructora.

14 »Este es un día que deberán conmemorar. Es una fiesta en honor del Señor, y las generaciones futuras deberán celebrarla —será un estatuto perpetuo. Éxodo 12:1-14 (NVI)

Aquí Dios da a Moisés y Aarón instrucciones detalladas para celebrar la Pascua. Es un día conmemorativo para que los israelitas recuerden cómo Dios los rescató de la esclavitud en Egipto. En resumen, la Pascua es la manera que tiene Dios de recordar a su pueblo su salvación y de invitarlos a transmitir ese recuerdo a las generaciones futuras. Las generaciones futuras

necesitan saber que su libertad proviene de Dios. Dios nos dio una forma de recordar que nos salva.

Ahora bien, aquí estamos, no como israelitas, sino como cristianos. ¿Qué tienen que ver estas instrucciones con nosotros? Podríamos sentir la tentación de omitir (valga la redundancia) esta sección y continuar con la narración para ver cómo termina la historia. Sin embargo, esta sección también está llena de significado para nosotros hoy.

No vivimos en la esclavitud en Egipto, pero sabemos lo que es estar atrapados. Sabemos lo que es sentirse esclavizado por la vergüenza, la culpa, el egoísmo, la ambición desmedida, el odio a uno mismo y el aislamiento.

También necesitamos ese recordatorio: Dios nos libera.

La Pascua nos guía hacia Jesucristo. Lo que Dios comenzó a revelar en el Éxodo se cumpliría en Jesús. Lo veremos más adelante.

El Señor Viviente Habla

Dios da instrucciones tan detalladas para la Pascua: desde el momento de la celebración y el cordero hasta la forma de prepararla y comerla. Dios habla con claridad y no nos deja con dudas. El Señor Viviente revela quién es y qué desea. Les hizo saber a los israelitas exactamente lo que esperaba.

Se nos presenta un marcado contraste entre el Dios viviente y los dioses falsos de Egipto. El Dios viviente habla. No dejó en manos de Israel la tarea de decidir cómo celebrar la Pascua. Este es un Dios de gracia que habla en una tierra donde la gente adoraba dioses falsos, creados por el hombre. Por supuesto, estos ídolos irreales no podían hablar.

Así, la gente quedó sumida en la ignorancia, intentando complacer a dioses que no comprendían, a menudo mediante el miedo y prácticas dañinas. Esto también abrió la puerta a que gobernantes malvados controlaran imperios a través del engaño y el terror. Y los fieles debían confiar en falsos sacerdotes o magos para que les dijeran lo que los dioses exigían.

En última instancia, esto solía derivar en sacrificios de niños. Muchos creían que ofrecer al primogénito apaciguaría a los dioses. El primogénito es el primer hijo de la familia, a quien a menudo se le otorga un estatus o importancia especial.

Las primeras nueve plagas fueron un juicio directo sobre los numerosos dioses que adoraban los egipcios. Cada plaga fue una declaración de Dios de que él era el único Dios verdadero. Dios habla y actúa para revelar a Israel quién es y qué espera de ellos. Los impulsa a confiar en él para que puedan adorarlo libremente. Actúa para liberarlos de la esclavitud en la que se encuentran ellos y el faraón.

Todos los demás dioses, uno por uno, fueron desenmascarados como ídolos vacíos e impotentes. Solo hay un Dios, y todos los demás dioses serán derribados. Esto nos da una idea parcial de

lo que implica la salvación: expulsar todo lo malo y todo lo que esclaviza.

También necesitamos ser liberados de los dioses falsos a los que estamos esclavizados, y necesitamos conocer al Dios verdadero que nos habla. Dios nos ha elegido para sí; Dios nos ama y desea tener una relación con nosotros. Si no lo sabemos, jamás podremos confiar en él ni ser libres para obedecerle. Siempre nos preguntaremos si hemos hecho lo suficiente o si lo hemos hecho bien. Seguiremos en la esclavitud.

El Señor da instrucciones a Moisés y Aarón, quienes luego irán a proclamar la palabra de Dios al pueblo. Este patrón se repite a lo largo del Libro del Éxodo. Es un patrón que se aplica a nosotros hoy cuando compartimos las buenas nuevas de la salvación de Dios con los demás. Simplemente transmitimos el mensaje que se nos reveló. Dios no es un ideal abstracto, un sistema de valores ni una proyección de nuestra imaginación. Dios es real, nos habla y actúa primero para salvarnos. Además, Dios nos invita a participar en la difusión de esas buenas nuevas.

Una comida comunitaria

¿Qué más nos revelan estas instrucciones sobre Dios? ¿Notaron cómo se debía compartir el cordero? Debía ser consumido por una familia. Y si la familia era demasiado pequeña para consumir todo el cordero, entonces debían unirse a otra familia. La Pascua debía ser una conmemoración comunitaria. Comunitario significa algo compartido y vivido en grupo.

El Dios que se revelaba a Israel es el Dios trino revelado en Jesucristo. Trino significa compuesto por tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo, quienes han existido desde la eternidad en una relación que comparte todas las cosas. Por lo tanto, no debería sorprender que esta ceremonia central para Israel se observara como un acto de compartir. Era un recordatorio de que habían sido salvados para ser una comunidad. En última instancia, esto apunta al hecho de que somos salvados para participar de la comunión, la vida compartida y la unión entre el Padre y el Hijo en el Espíritu. La salvación consiste en ser libres para pertenecer a otro y no estar esclavizados a nosotros mismos.

Sangre de cordero

También se instruyó a los israelitas a untar la sangre del cordero en los dos postes de la puerta y en la viga sobre la puerta. Nótese que Israel no está exento de la destrucción venidera, pero se les ofrece una manera de salvarse. La puerta empapada en sangre es el medio por el cual Israel se salva del ángel de la muerte.

Fíjense que Dios provee un camino para que su pueblo sea librado del juicio. Y Dios provee el rescate. Dios nos dio una manera de recordar que él nos salva.

En esta imagen vemos la doble referencia a Jesús. Jesús mismo nos dice que él es la Puerta ([Juan 10:9](#)), y que por su sangre somos salvos ([Efesios 1:7](#)). No hay otra forma de salvación, y esto también se aplica a nosotros. Sin embargo, Jesús sigue

siendo la puerta bañada en sangre, abierta para que todos entren. Él nos llama a entrar y a compartir la mesa con él.

Cena de Pésaj

Más detalles sobre esta comida especial: A Israel se le indicó que comiera cordero asado con pan sin levadura y hierbas amargas. Se les dijo que comieran con prisa. No tenían tiempo para esperar a que el pan fermentara y las hierbas amargas no necesitaban preparación. Se les indicó que comieran con el cinturón abrochado, los zapatos puestos y el bastón en la mano. Debían estar listos para abandonar Egipto sin demora.

Cuando la salvación nos llega, no debemos demorarnos. Cuando el Señor nos ofrece un camino de liberación, no nos quedamos de brazos cruzados. Nos ponemos en marcha hacia la libertad. Si apenas estás empezando a conocer al Señor, no hay razón para esperar. El Señor provee la salvación, la liberación del mal y la libertad para una nueva vida en él. El Señor te llama, y cuanto antes, mejor. Hay vida y comunión al otro lado de esa puerta ensangrentada.

Si llevas mucho tiempo caminando con el Señor, quizás también necesites que te recuerden que debes apresurarte a recibir la salvación que se nos ha dado. A veces podemos sentir la tentación de relajarnos y volver a la esclavitud. Pero la libertad se encuentra en correr hacia el Señor, día tras día.

Primogénito

Las instrucciones de nuestro pasaje de hoy concluyen con el tema del primogénito. En el antiguo Egipto, se creía que el primogénito pertenecía a los dioses, quienes podían tomarlo cuando quisieran. Por lo tanto, la práctica del sacrificio infantil era común.

En segundo lugar, Israel fue elegido por Dios como su primogénito ([Éxodo 4:22](#)). Y finalmente, en el Nuevo Testamento, es Jesús quien ostenta el título de «Primogénito». Bajo el dominio del mal, como el del faraón, ser primogénito conllevaba la muerte. Sin embargo, ser reconocido por Dios como su primogénito conlleva la vida.

Jesús es el verdadero Primogénito del Padre. Al entregar su vida por el mundo, cumple con el papel del primogénito al hacer la voluntad de su Padre. Su sacrificio en la cruz, bañada en sangre, nos ofrece la salvación a todos.

Él nos representa a todos, destinados a la muerte bajo el dominio del mal. Y comparte con nosotros su condición de primogénito, haciéndonos a todos hijos de gloria.

Ahora, como primogénitos de nuestro Padre celestial, también nosotros somos libres para servirle, libres para cumplir su voluntad y libres para adorarlo. Nótese que Israel no fue liberado del faraón para vagar por el desierto intentando servirse a sí mismos. No, ahora tenían un nuevo gobernante, el Señor Dios Todopoderoso, aquel que con gracia los salvó. Estas

instrucciones y todas las señales que apuntan a Jesús nos sirven de la misma manera que a Israel: como recordatorio de Dios de su salvación.

Cordero pascual

La noche anterior a su crucifixión, Jesús compartió la cena de Pascua con sus discípulos. Durante esa cena, tomó el pan y el vino y les dio un nuevo significado. Fue entonces cuando Jesús instituyó la Cena del Señor. Les mostró que él mismo es el Cordero Pascual, al que también llamamos Cordero de Pascua.

Jesús es el verdadero Cordero de la Pascua. Vivió la vida humana fiel que nosotros jamás podríamos vivir. Entró en nuestro mundo quebrantado. Cargó con nuestros pecados. Enfrentó nuestra muerte. En la cruz, tomó sobre sí todo aquello que esclaviza a la humanidad. Y mediante su resurrección, abrió el camino a una nueva vida.

Jesús no solo nos muestra el camino hacia la libertad, sino que se convierte en nuestra libertad.

La sangre en los dinteles de las puertas apuntaba hacia él. El cordero apuntaba hacia él. La comida apuntaba hacia él. Todo en esta historia dirige nuestra atención a Jesús. Y el vino, el pan, el cordero y la sangre de la Pascua se reflejan en la Cena del Señor.

La Pascua fue dada para que el pueblo de Dios jamás olvidará lo que él había hecho. La Cena del Señor, también llamada Comunión, cumple el mismo propósito para nosotros hoy.

Dios nos dio una manera de recordar que él nos salva.

El pan nos recuerda el cuerpo de Jesús, entregado por nosotros. El vino (o jugo de uva) nos recuerda la sangre de Jesús, derramada por nosotros.

La comunión es un sacramento que nos recuerda que Jesús es el cordero inmolado que nos ha liberado de la esclavitud y la tiranía del pecado, el mal y la muerte. Él nos ha salvado para una nueva vida en él.

En la noche anterior a la crucifixión, escucha cómo Jesús lo relaciona todo consigo mismo en Lucas 22:

19 También tomó pan y, después de dar gracias, lo partió, se lo dio a ellos y dijo:—Esto es mi cuerpo, entregado por ustedes; hagan esto en memoria de mí.

20 De la misma manera, tomó la copa después de cenar y dijo: —Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que es derramada por ustedes. [Lucas 22:19-20](#)

Una y otra vez, nos reunimos a la mesa en memoria de Jesús. Recordamos que Dios salva. Recordamos que Jesús es nuestro Cordero Pascual. Recordamos que la muerte no tiene la última palabra.

Recordamos que pertenecemos al Padre por medio del Hijo, en el poder del Espíritu Santo. Y recordamos que el Dios que rescató a los israelitas de Egipto nos sigue rescatando ahora.

Gracias a Dios porque nos dio una manera de recordar que él nos salva.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

● ¿Por qué crees que Dios quería que su pueblo tuviera una forma regular (como la Pascua) de recordar lo que había hecho? ¿De qué maneras recuerdas actualmente lo que Dios ha hecho por ti?

● ¿Dónde ves “formas de esclavitud” en tu propia vida o en el mundo donde anhelas la libertad de Dios?

● ¿Cómo cambia la forma en que entiendes su muerte y lo que significa para ti el hecho de ver a Jesús como el verdadero Cordero Pascual?

● ¿Por qué crees que Dios diseñó tanto la Pascua como la Comunión como comidas compartidas? ¿Qué nos dice esto sobre cómo debemos vivir como cristianos?

INICIO

 Sermón del 13 de septiembre
Domingo 19 del Tiempo Ordinario

INICIO

Jesús es Rey misericordioso que ilustra la naturaleza del perdón de Dios. El demuestra que, a pesar de nuestras dudas y temores humanos, podemos confiar en la realidad de la gracia y el amor que Jesús vino a revelar a la humanidad.

Esta revelación nos capacita para extender el perdón y el amor a los demás, tal como los hemos recibido de Dios, sin dudar de que tal bondad sea demasiado buena para ser verdad.

[Salmo 114:1-8](#) • [Éxodo 14:19-31](#) • [Romanos 14:1-12](#) • [Mateo 18:21-35](#)

El tema de hoy es «Dios se da a conocer». Nuestro salmo de llamado a la adoración recuerda el poderoso triunfo de Dios sobre Egipto al liberar a Israel de su dominio. La lectura del Antiguo Testamento del Éxodo narra la historia de la liberación de Israel de Egipto, que incluye una columna de fuego y una nube, la división del Mar Rojo y la destrucción del ejército de un imperio. La lectura epistolar de Romanos presenta la reflexión de Pablo sobre cómo la comunidad cristiana, a la luz del reinado universal de Dios, debe considerar las relaciones entre los «débiles» y los «fuertes». El texto del Evangelio de Mateo presenta la parábola de Jesús sobre el siervo implacable en respuesta a una pregunta que plantea límites al perdón.

Dios se da a conocer
[Éxodo 14:19-31](#) (NVI)

El domingo pasado, mientras seguíamos la historia del Éxodo, la tensión se disipó por un instante. El faraón, que había esclavizado a los israelitas, se negaba a dejarlos ir, pero Dios ya estaba obrando para liberarlos.

La semana pasada leímos cómo Dios les dio a Moisés y Aarón instrucciones sobre la Pascua, una comida destinada a recordar cómo rescató a Israel de Egipto. La historia de hoy es donde ese rescate alcanza su punto culminante.

El faraón se resiste a Dios, pero es una batalla perdida, pues nadie puede oponerse al poder divino. La tensión alcanza su punto álgido, y los israelitas —y en realidad el mundo entero— presencian un increíble acto de salvación.

De hecho, el acontecimiento es tan espectacular que la historia se narra intencionalmente de manera que refleja el relato de la creación en el Génesis. Lo que sucede en el Mar Rojo es diferente a todo lo ocurrido anteriormente. Por lo tanto, podemos decir que es un presagio o una señal hacia la nueva creación. No es simplemente otra historia que contar. El paso de los israelitas por el Mar Rojo, de la esclavitud a la libertad, apunta hacia la salvación final de Dios y la obra consumada de Cristo que trae consigo la nueva creación.

La nueva creación no consiste en que Dios deseche este mundo y empiece de nuevo.

El Creador se hizo parte de la creación para rescatarnos de nuestra propia pecaminosidad, para renovar su creación quebrantada. La nueva creación es Dios renovando, restaurando

y redimiendo su creación desde adentro hacia afuera a través de su Hijo.

Para Israel, todo está a punto de renovarse. Sin embargo, antes de leer el relato, aclaremos qué es lo que se renueva. La historia no trata de que Dios se vuelva «nuevo» o cambie de alguna manera. Dios no cambia. Dios siempre ha tenido el mismo corazón, carácter y propósito para con nosotros.

El Dios que vemos en esta historia es el mismo Dios que vemos en Jesucristo. El Dios del Antiguo Testamento es el mismo Dios del Nuevo Testamento. La novedad reside en que tanto Israel como Egipto llegarán a conocer a Dios. Llegarán a conocer quién es Dios a través de sus obras.

Dios se da a conocer.

Se da a conocer a través de sus poderosos actos para que todo el mundo los vea. Dios se revela a través de sus palabras y acciones; lo novedoso es el conocimiento y la comprensión que Israel y Egipto tienen de Dios.

Con esto en mente, preparémonos para esta increíble historia sobre quién es Dios.

19 Entonces el ángel de Dios, que marchaba al frente del ejército israelita, se dio vuelta y fue a situarse detrás de este. Lo mismo sucedió con la columna de nube, que dejó su puesto de vanguardia y se desplazó hacia la retaguardia, **20** quedando entre los egipcios y los israelitas. Durante toda la noche, la nube fue oscuridad para unos y luz para otros, así que en toda esa noche no pudieron acercarse los unos a los otros.

21 Moisés extendió su brazo sobre el mar, y toda la noche el Señor envió sobre el mar un recio viento del este que lo hizo retroceder, convirtiéndolo en tierra seca. Las aguas del mar se dividieron 22 y los israelitas lo cruzaron sobre tierra seca. El mar era para ellos una muralla de agua a la derecha y otra a la izquierda.

23 Los egipcios los persiguieron. Todos los caballos y carros del faraón con todos sus jinetes entraron en el mar tras ellos. 24 Cuando ya estaba por amanecer, el Señor miró al ejército egipcio desde la columna de fuego y de nube, y sembró la confusión entre ellos: 25 hizo que las ruedas de sus carros se atascaran, de modo que se les hacía muy difícil avanzar. Entonces exclamaron los egipcios: «¡Alejémonos de los israelitas, pues el Señor está peleando por ellos y contra nosotros!».

26 Entonces el Señor dijo a Moisés: «Extiende tu brazo sobre el mar, para que las aguas se vuelvan contra los egipcios y contra sus carros y jinetes». 27 Moisés extendió su brazo sobre el mar y, al despuntar el alba, el agua volvió a su estado normal. Los egipcios, en su huida, se toparon con el mar. Así el Señor los hundió en el fondo del mar. 28 Al recobrar las aguas su estado normal, se tragaron a todos los carros y jinetes del faraón, y a todo el ejército que había entrado al mar para perseguir a los israelitas. Ninguno de ellos quedó con vida.

29 Los israelitas, sin embargo, cruzaron el mar sobre tierra seca, pues para ellos el mar formó una muralla de agua a la derecha y otra a la izquierda. 30 En ese día el Señor salvó a Israel del

poder de Egipto. Los israelitas vieron los cadáveres de los egipcios tendidos a la orilla del mar. 31 Y al ver los israelitas el gran poder que el Señor había desplegado en contra de los egipcios, temieron al Señor y creyeron en él y en su siervo Moisés. [Éxodo 14:19-31](#)

Como ya dijimos, esta historia guarda similitudes con el relato de la creación al comienzo del Génesis. Para empezar, en Génesis (1:2b), el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas. Espíritu (ruach) en este pasaje significa aliento, viento o espíritu. En cambio, en Éxodo, vemos un viento poderoso soplando sobre las aguas del Mar Rojo. También observamos en ambos relatos la creación de luz en un lugar de oscuridad. Ambos narran la separación de las aguas. En ambos, Dios reúne agua para que aparezca tierra firme. Son demasiadas conexiones para ser una coincidencia. ¿Por qué no leer Génesis 1 completo hoy?

El autor del Éxodo quiere que veamos que la liberación de Israel por parte de Dios es como si Dios hiciera una nueva creación. Dios vuelve a crear de la nada. Forma un pueblo. Dios convierte a una nación esclavizada en su propio pueblo, liberado para servirle. Son "nadie" para los demás. Están oprimidos y sin poder. Y nunca antes en la historia un grupo de esclavos había sido liberado de un poderoso imperio. Los grandes imperios tenían esclavos, y así eran las cosas. Nadie lo cuestionaba. Ninguno de los falsos dioses de Egipto liberaría esclavos. Así pues, esta es una revelación trascendental de quién es Dios. Una revelación es Dios mostrándonos quién es.

Dios se da a conocer.

Analicemos los cuatro versículos que preceden al texto de hoy:

15 Pero el Señor dijo a Moisés: «¿Por qué clamas a mí? ¡Ordena a los israelitas que se pongan en marcha! 16 Y tú, levanta tu vara, extiende tu brazo sobre el mar y divide las aguas, para que los israelitas lo crucen sobre terreno seco. 17 Yo voy a endurecer el corazón de los egipcios, para que los persigan. Voy a cubrirme de gloria a costa del faraón y de su ejército, y de sus carros y jinetes. 18 Y cuando me haya cubierto de gloria a costa del faraón, sus carros y jinetes, los egipcios sabrán que yo soy el Señor». [Éxodo 14:15-18](#) (NVI)

Dios no solo quería que Israel lo conociera más a fondo, sino que también quería que sus enemigos lo conocieran.

No debemos pensar que Dios «endureció los corazones» de los egipcios o del faraón como si endureciera corazones que de otro modo habrían sido blandos. Esto simplemente significa que Dios obró de tal manera que sacó a la luz lo que ya estaba presente. El faraón ya había elegido el mal y el orgullo; Dios simplemente permitió que se manifestaran plenamente.

A medida que avanza la historia, el faraón se niega repetidamente a escuchar a Dios o a dejar ir al pueblo. Cada vez que lo hace, su corazón se endurece, demostrando una terquedad que ya poseía.

Podemos considerar al faraón como una representación de cualquier gobernante malvado que se niega a reconocer a Dios e insiste en su propio dominio. El faraón representa todo poder que se opone a Dios, toda fuerza o atracción que nos dice: «No necesito a Dios. Yo gobernaré mi propia vida». En definitiva, podemos ver al faraón como una imagen del pecado y del propio Satanás. La historia es mucho más compleja que la que se refiere a un solo hombre.

En resumen, Dios desea ser conocido por sus hijos. Dios se da a conocer , y lo hace liberando a su pueblo y juzgando a sus enemigos. Esta revelación permite que todos vean quién es Dios, se arrepientan y se vuelvan a él. Conocer a Dios es el primer paso para experimentar la libertad que nos ofrece.

Nuestra libertad está garantizada en Cristo. Está garantizada por lo que Dios, en Jesús, ha hecho por nosotros, sin ningún consentimiento ni acción de nuestra parte. Pero, ¿cómo podemos experimentar, participar y vivir subjetivamente —en nuestra vida cotidiana— esa libertad si no conocemos a Dios? La fe es confiar en que Dios es quien dice ser. ¿Cómo podemos confiar en Dios si no lo conocemos?

Jesús es la verdadera y definitiva autorrevelación de quién es Dios. Jesús también busca revelar la naturaleza, el carácter, el corazón y el propósito del Dios trino a todos. Su objetivo es, además, liberarnos mediante el conocimiento de quién es él. Quizás por eso Jesús solía instar a la gente a responder a la pregunta: «¿Quién decís que soy yo?».

Dios no se esconde. Dios se da a conocer.

Él se está revelando. Creó a los seres humanos para que tuvieran una relación con él, y el propósito más profundo de la salvación no es simplemente escapar del peligro. La salvación es el rescate de Dios del pecado y la muerte, y la participación en la nueva vida en él.

Cuando contemplamos a Jesús, vemos el corazón del Padre. Vemos la compasión, la santidad, el perdón y el amor de Dios. El Padre nos atrae, el Hijo revela al Padre y el Espíritu abre nuestros corazones para recibir esa revelación. Esta es la obra amorosa del Dios trino.

Analicemos de nuevo la historia. ¿Cómo se da a conocer Dios a través de la separación del Mar Rojo?

En primer lugar, Dios nos revela que es verdaderamente Dios y que no tiene rival. El faraón se negaba incluso a reconocer que Yahvé (el nombre de Dios en el Antiguo Testamento) fuera un dios digno de respeto. El faraón ignoró repetidamente las palabras de Dios. Sin embargo, al final de la historia, después de que todos los dioses falsos de Egipto fueran destruidos y el ejército del faraón aniquilado, incluso él llegó a comprender que el Dios de Israel no puede ser vencido por el mal.

Esta revelación se manifiesta nuevamente en la vida y el ministerio de Jesús en el Nuevo Testamento. Muchas de sus acciones revelaron que era Dios y que nada podía impedirle liberar a su pueblo, ni siquiera la muerte. De hecho, la muerte no

era un simple obstáculo que superar. Fue a través de la muerte que Jesús nos liberó.

En segundo lugar, Dios nos muestra que protege y provee. Imaginen lo que sintió Israel aquella noche: niños llorando, padres asustados, el sonido de los carros acercándose, el mar frente a ellos y sin escapatoria. Sin embargo, antes de abrir un camino a través del mar, Dios se interpuso entre su pueblo y su enemigo. La columna de nube los protegía. Israel no podía salvarse por sí mismo; Dios los protegió. Luego, les proporcionó un camino donde no lo había.

Durante su vida y ministerio, Jesús también proveyó milagrosamente las necesidades de muchos. Fue Jesús quien se interpuso entre una turba enfurecida y una mujer indefensa sorprendida en adulterio. ¿Cuántas veces actuó Jesús de maneras que revelaron que Dios provee y protege?

En Jesús, Dios se interpuso entre nosotros y nuestro enemigo. Y tras su muerte en la cruz, el gran enemigo fue derrotado para siempre, y jamás volverá a esclavizar a los hijos de Dios.

En tercer lugar, Dios revela que es juez de todo aquel que se opone a su pueblo. Dios no permitió que el faraón, su ejército ni sus supuestos dioses tuvieran la última palabra sobre su pueblo. Dios actuó contra todos los egipcios que persiguieron a Israel hasta que no quedó ni uno solo. Este es un Dios que no permitirá que quede ni una sola amenaza para su pueblo.

Vemos la misma revelación en las acciones de Jesús. Todo lo que se opone a los hijos de Dios —el pecado, la muerte y el mal— fue juzgado en la cruz y no tendrá la última palabra.

En cuarto lugar, Dios nos muestra que desea ser conocido. Su paciencia con Israel y su constante resistencia al faraón demuestran que nuestro Dios hará todo lo posible por revelarse a nosotros. Nos creó para sí mismo y no cejará en su empeño hasta que lleguemos a conocerlo tal como es.

Dios no permanece oculto ni desconocido. No quiere que sus hijos tengan una idea equivocada de quién es. Busca darse a conocer para poder tener con nosotros la relación para la que nos creó.

Y este fue el propósito fundamental de Jesús a lo largo de toda su vida y ministerio. Buscó revelarnos a su Padre, el mismo Padre que vemos salvando a Israel en el Mar Rojo. Es este Dios quien ha descendido a nosotros en Jesucristo para reconciliarnos con su Padre, a quien no conocíamos.

Jesús nos dice en [Juan 17:3](#) :

Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. [Juan 17:3](#) NVI

Por eso vemos en esta historia, así como en la vida y el ministerio de Jesús, el corazón inquebrantable del Dios trino que se esfuerza por llevarnos a conocerlo tal como es.

Podrías repasar el Éxodo y encontrar más acciones que revelan quién es Dios. Para Israel, estas revelaciones llevaron a la respuesta registrada en el último versículo de nuestra lectura:

31 Y al ver los israelitas el gran poder que el Señor había desplegado en contra de los egipcios, temieron al Señor y creyeron en él y en su siervo Moisés. [Éxodo 14:31](#)

Todo lo que el Señor hizo por Israel los llevó a confiar en Él. Esta confianza se pondrá a prueba en el resto del libro. Veremos que Israel, y toda la humanidad, necesitarán, en última instancia, una revelación más completa de Dios para su fe y adoración. Esta revelación nos llega en la persona de su Hijo, Jesucristo.

Jesús se convierte en la perfecta autorrevelación de Dios. Él conoce a su Padre y, por medio del Espíritu, comparte su perfecto conocimiento con nosotros. Jesús nos dice que «nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo» (Mateo 11:27). Jesús continúa revelándose a sí mismo y a su Padre a través de su palabra por medio del Espíritu. Busca transformarnos en una nueva creación, una creación fundada en la base de ser hijos que conocen al Padre y lo adoran con fe, esperanza y amor.

Al conocer quién es Dios, tal como se revela en Jesucristo, podemos reaccionar de forma similar a como lo hicieron los israelitas al encontrarse a salvo al otro lado del Mar Rojo. El capítulo 15 relata que su primera reacción fue un cántico de gozosa alabanza y acción de gracias. Celebraron no sólo el asombroso rescate que acababan de experimentar, sino

también lo que este acontecimiento les reveló acerca de quién es Dios.

Dios se da a conocer.

Al otro lado del mar, ya no tenían que preguntarse quién es Dios.

¿Quién, Señor, se te compara entre los dioses? ¿Quién se te compara en grandeza y santidad? Tú, Hacedor de maravillas, nos impresionas con tus portentos. [Éxodo 15:11](#) (NVI)

Por supuesto, nadie es como nuestro Dios. Y gracias a que Jesucristo nos reveló quién es el Padre, podemos discernir a todos los dioses falsos y rivales creados por manos humanas. Ese discernimiento nos protege del engaño y la destrucción que conlleva adorar dioses que no son dioses en absoluto. De esta manera, la revelación del Padre por parte de Jesús es también otra forma en que Él nos provee y protege, tal como lo hizo con los israelitas al cruzar el Mar Rojo.

Aunque no podamos verlo, Dios está obrando para rescatarnos. Dios desciende. Dios no nos abandona. Dios cumple sus promesas.

Cuando Dios se da a conocer , estamos llamados a responder. Cuando llegamos a conocer a Dios en toda su gloria, compartimos ese conocimiento con quienes no lo conocen. Nos recordamos unos a otros quién es Dios al revelarse.

El Padre sigue atrayendo a la gente hacia sí, el Hijo sigue revelando al Padre y el Espíritu sigue obrando en los corazones humanos.

Esta es la obra continua de Jesús por medio del Espíritu, en la que la Iglesia tiene el privilegio de participar. Compartir entre nosotros, mediante la adoración, el recordatorio de quién es Dios. Y, mediante el testimonio, adorar a nuestro Señor compartiéndolo con quienes aún no lo conocen. Al hacerlo, nos unimos a todos los israelitas liberados en la orilla de la libertad, cantando alabanzas y acción de gracias. ¡Amén!

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

● ¿Por qué crees que la historia del cruce del Mar Rojo tiene tantas alusiones al relato de la creación en el Génesis?

El sermón decía que Dios se dio a conocer a Israel y a sus enemigos, los egipcios.

● ¿Para quién dirías que es la revelación de Dios en Jesucristo?

● ¿Cómo se te ha dado a conocer Dios a través de la historia del Éxodo de otras maneras?

Dios se da a conocer.

● ¿De qué maneras podemos participar en compartir quién es Dios con los demás? **INICIO**

● Sermón del 20 de septiembre de 2026

INICIO

En la parábola del terrateniente y los trabajadores, Jesús revela la naturaleza generosa y abarcadora de Dios. La historia cuestiona el concepto de justicia humana y resalta el amor infinito de Dios por todos sus siervos, enfatizando que su gracia y amor se ofrecen por igual a todos, independientemente de la cantidad de trabajo realizado.

[Salmo 105:1-6](#) , [37-45](#) • [Éxodo 16:2-15](#) • [Filipenses 1:21-30](#) • [Mateo 20:1-16](#)

El tema de hoy es que **la gracia de Dios es mayor de lo que podemos imaginar**. Nuestro salmo de llamado a la adoración recuerda la fidelidad de Dios al liberar y proveer para su pueblo, según su amor de alianza. La lectura del Éxodo narra la provisión de maná por parte de Dios en el desierto, donde la gracia de Dios satisface las necesidades diarias a pesar de las quejas humanas. La lectura epistolar de Filipenses presenta la reflexión de Pablo sobre la vida y la muerte, mostrando que en el sufrimiento y el servicio el creyente puede descansar en la gracia incomparable de Cristo incluso a costa del beneficio personal. El texto del Evangelio de Mateo ofrece la parábola de Jesús sobre los obreros en la viña, donde la generosidad de Dios desafía las expectativas humanas basadas en comparaciones.

La gracia de Dios es mayor de lo que podemos imaginar.

[Éxodo 16:2-15](#) (NVI)

Durante los últimos cuatro domingos, hemos seguido el camino de Israel desde la esclavitud hacia la libertad. Hemos visto a Dios escuchar el clamor de su pueblo, confrontar al faraón con su poder y proteger a Israel durante la Pascua. En cada paso, Dios ha revelado quién es: el Dios que obra para rescatarnos incluso cuando no podemos verlo, el Dios que desciende, que cumple sus promesas y que no abandona a sus hijos. La gracia de Dios es mayor de lo que podemos imaginar .

El domingo pasado presenciamos un rescate espectacular de la esclavitud. Dios guió a Israel fuera de Egipto a través del Mar Rojo. Pero ahora la celebración se ha desvanecido y el desierto se extiende ante nosotros. El pasaje de hoy plantea una pregunta importante: ¿Qué sucede cuando el pueblo rescatado por Dios comienza a dudar del Dios que los rescató?

Leamos [Éxodo 16:2-15](#) .

² Allí, en el desierto, toda la comunidad murmuró contra Moisés y Aarón:

³ —¡Cómo quisiéramos que el SEÑOR nos hubiera quitado la vida en Egipto! —les decían los israelitas—. Allá nos sentábamos en torno a las ollas de carne y comíamos pan hasta saciarnos. ¡Ustedes nos han traído a este desierto para matar de hambre a toda la comunidad!

⁴ Entonces el SEÑOR dijo a Moisés: «Voy a hacer que llueva pan del cielo. El pueblo deberá salir todos los días a recoger su ración diaria. Voy a ponerlos a prueba, para ver si cumplen o no mis instrucciones. ⁵ El día sexto recogerán una doble porción y todo esto lo dejarán preparado».

⁶ Moisés y Aarón dijeron a todos los israelitas:

—Esta tarde sabrán que fue el SEÑOR quien los sacó de Egipto ⁷ y mañana por la mañana verán la gloria del SEÑOR. Ya él sabe que ustedes andan murmurando contra él. No somos nadie para que ustedes murmuren contra nosotros.

⁸ Y añadió Moisés:

—Esta tarde el SEÑOR les dará a comer carne, y mañana los saciará de pan, pues ya los oyó murmurar contra él. Porque ¿quiénes somos nosotros? ¡Ustedes no están murmurando contra nosotros, sino contra el SEÑOR!

⁹ Luego se dirigió Moisés a Aarón:

—Dile a toda la comunidad israelita que se acerque al SEÑOR, pues los ha oído murmurar contra él.

¹⁰ Mientras Aarón hablaba con toda la comunidad israelita, volvieron la mirada hacia el desierto, y vieron que la gloria del SEÑOR se hacía presente en una nube.

¹¹ El SEÑOR habló con Moisés y le dijo: ¹² «Han llegado a mis oídos las murmuraciones de los israelitas. Diles que antes de que caiga la noche comerán carne, y que mañana por la mañana se hartarán de pan. Así sabrán que yo soy el SEÑOR su Dios».

¹³ Esa misma tarde el campamento se llenó de codornices, y por la mañana una capa de rocío rodeaba el campamento. ¹⁴ Al desaparecer el rocío, sobre el desierto quedaron unos copos muy finos, semejantes a la escarcha que cae sobre la tierra. ¹⁵ Como los israelitas no sabían lo que era, al verlo se preguntaban unos a otros: «¿Y esto qué es?». Moisés les respondió:

—Es el pan que el SEÑOR les da para comer.

Éxodo 16:2-15

Si la historia de Israel terminara con el cruce del Mar Rojo, parecería un cuento de hadas clásico que concluye con "y vivieron felices para siempre". Sin embargo, hoy vemos cómo les va a los israelitas más allá del Mar Rojo.

En el desierto, se hace evidente por qué Dios instruyó a Moisés y al pueblo a celebrar la Pascua antes de su liberación de Egipto, y no después (como comentamos hace dos domingos). La Pascua fue dada como un recordatorio constante. Su propósito era ayudar a Israel a recordar lo que Dios había hecho por ellos cuando su tendencia natural era olvidarlo.

Pero fue más que un simple recordatorio personal. Fue también una forma de preservar la historia para las generaciones futuras, para que incluso aquellos que nunca vivieron el éxodo en primera persona supieran que Dios es quien rescata, provee y cumple sus promesas.

Dios nos conoce bien. Sabe lo rápido que la celebración se desvanece en el olvido. Cuando la música se detiene, olvidamos

la canción; cuando termina el baile, perdemos el ritmo que antes nos llenaba de alegría. Por eso, en su misericordia, Dios nos da recordatorios —prácticas, historias y señales— para que sigamos adelante cuando el camino se vuelve difícil.

Porque el viaje rara vez se siente como "leche y miel".

Esa frase, “una tierra que mana leche y miel”, fue la manera en que Dios describió la Tierra Prometida, la tierra que Dios le prometió a su antepasado Abraham. Hablando con Moisés en la zarza ardiente, Dios le dijo:

Así que he descendido para rescatar [a los israelitas] de la mano de los egipcios y para sacarlos de esa tierra a una tierra buena y espaciosa, una tierra que mana leche y miel. Éxodo 3:8 NVI

Tras la esclavitud, ¡qué gran bendición tener una tierra propia! La «leche» simboliza la provisión constante, el sustento diario de los rebaños. La «miel», representa la dulzura, el deleite y la plenitud de la vida tal como Dios la concibió. Juntas, pintan un cuadro de plenitud: una vida que no solo sobrevive, sino que florece en la presencia de Dios.

Pero Israel aún no había llegado a ese punto.

Vivían en un limbo: entre el Mar Rojo, donde Dios ya los había rescatado de la esclavitud, y la Tierra Prometida, donde un día experimentarían la plenitud de sus promesas. Dios ya había decidido que fueran suyos, proveyéndoles, protegiéndolos y liberándolos para que tuvieran una relación con él. Pero su

situación actual era la del desierto: incierta, incómoda y a menudo decepcionante. Y fue precisamente en ese espacio intermedio donde su fe fue puesta a prueba.

Y ahí es donde también vivimos nosotros. A veces lo llamamos el “ya pero todavía no”.

Por medio de Jesucristo, ya hemos sido liberados de la esclavitud del pecado y la muerte. Hemos sido redimidos y reconciliados con Dios. Le pertenecemos a Dios y nuestro futuro está asegurado. Aún no hemos llegado por completo a la «Tierra Prometida». Seguimos esperando la plenitud del reino de Dios, cuando Cristo regrese y todas las cosas sean renovadas.

Así pues, vivimos en el desierto de la era actual, donde hemos sido salvados, pero el mal aún existe. Por eso necesitamos que nos lo recuerden.

Ahora, teniendo en cuenta ese marco de referencia, volvamos a nuestro pasaje.

Al escuchar esta historia, debemos tener cuidado con dónde centramos nuestra atención. Sería fácil enfocarnos solo en la pobre respuesta de Israel y pasar por alto la respuesta mucho más importante: la respuesta del Señor. También sería fácil ignorar las quejas de Israel, como si nosotros nunca haríamos algo así. Pero sus quejas son también un espejo que se nos muestra a nosotros.

Y con humildad, podemos admitir que a menudo reaccionamos de forma similar cuando nuestras propias dificultades se complican. Esta historia no se nos cuenta para que nos hundamos en la autocondenación, sino para mostrarnos cómo el Señor responde a su pueblo en su debilidad y para animarnos a seguir adelante. La gracia de Dios es mayor de lo que podemos imaginar .

El pasaje comienza diciéndonos que «toda la congregación» murmuró contra Moisés y Aarón. Esto se repetirá a lo largo de la travesía de Israel por el desierto. Y es una reacción impactante, sobre todo tan poco tiempo después de su liberación a través del Mar Rojo. ¡Qué pronto olvidan! podríamos pensar. Y lo que es peor, no solo olvidan lo que el Señor hizo por ellos, sino que recuerdan erróneamente cómo era la vida en Egipto.

Sus quejas se centran en la comida. Dicen que se sentaban junto a las ollas de carne y comían pan hasta saciarse. Pero, ¿era la esclavitud realmente tan abundante? ¿Era la vida bajo el faraón verdaderamente mejor que la vida con Dios? Su lamento sugiere que el faraón los trataba mejor que el Señor. Recuerdan su antigua vida de esclavitud y piensan que, después de todo, no era tan mala. Se han distraído tanto con las penurias del desierto que han perdido de vista la promesa de Dios.

En definitiva, han olvidado que Dios les reveló que podían confiar en él. Ahora que el camino se ha vuelto un poco complicado, empiezan a pensar que Dios no es quien dice ser.

En el fondo de sus quejas subyace una mala interpretación de sus circunstancias. Pero peor aún, han malinterpretado el carácter de Dios. En lugar de verlo como el Dios que los liberó de la esclavitud y les dio vida, empiezan a creer que los ha traído al desierto para morir.

Sus circunstancias se han vuelto más importantes que la promesa de Dios. Y si somos honestos, también conocemos esta tentación. Cuando nuestras vidas se vuelven áridas y difíciles, podemos empezar a preguntarnos si Dios es verdaderamente bueno, si realmente está de nuestro lado, si realmente quiere darnos vida. Volvemos a oír el viejo susurro de la duda: "¿Puedo creer lo que Dios dice?". Empezamos a creer la mentira de que Dios nos niega la vida, en lugar de guiarnos hacia ella.

Así pues, debemos preguntarnos: ¿qué permitimos que alimente nuestra comprensión de la vida? ¿Medimos la vida según los estándares de esta época malvada? ¿Nos sentimos tentados a preferir lo que los antiguos tiranos nos daban, olvidando que cada bocado venía con cadenas? El mundo ofrece muchas cosas que prometen plenitud, pero no pueden nutrir el alma. Solo la Palabra viva de Dios da vida. La historia de Israel nos advierte que no confundamos la esclavitud con la bendición simplemente porque el desierto parezca difícil.

Sin embargo, esta tentación es real, especialmente en el desierto, y todos la enfrentamos. Entonces, ¿qué necesita el pueblo de Dios cuando el miedo, el hambre y la decepción comienzan a nublar su visión? La respuesta se encuentra en la respuesta del Señor. Por sorprendente que parezca la queja de

Israel, la respuesta de Dios es aún más sorprendente. Él no los abandona. No los envía de regreso a Egipto. No responde a su queja con rechazo.

Él planea alimentarlos. Porque la gracia de Dios es mayor de lo que podemos imaginar.

No solemos responder así a las quejas y murmuraciones injustificadas. Pero apenas hay pausa en el pasaje entre las quejas de Israel y la provisión del Señor. No hay ni una palabra de desdén, decepción o rechazo en la respuesta de Dios. Simplemente le dice a Moisés lo que está a punto de hacer.

Una vez más, Dios revela su corazón y su carácter a través de sus acciones hacia su pueblo. Dios escucha el clamor de su pueblo. Dios nos rescata, incluso cuando no podemos verlo. Dios desciende, cumple sus promesas y no abandona a sus hijos.

Ahora fíjense en cómo los alimenta. El pan del cielo vendrá día a día, suficiente para cada día y el doble el sexto día para que puedan descansar en el sábado. En otras palabras, la provisión de Dios también fortalecerá su fe. Tendrán que aprender día tras día, que el Señor es fiel a su palabra. La prueba en el desierto no se trata solo de comida; se trata de fe. Dios alimenta sus cuerpos, pero también alimenta su confianza en él.

Dios les recuerda cada día su provisión en el desierto. Y podemos preguntarnos: ¿nos ha provisto Dios de manera similar? Quizás no con una abundancia espectacular, como en la lotería, pero ¿acaso no nos ha dado el pan de cada día? Más

importante aún, cuando vemos a Jesús como el Pan de Vida, podemos afirmar que cada día que despertamos en esta tierra, nos encontramos con Aquel que descendió del cielo por nosotros. Incluso cuando nos quejamos y refunfuñamos, descubrimos que su misericordia es nueva. Su gracia cubre el suelo por donde caminamos. Él provee no solo lo que necesitamos, sino también lo que fortalece nuestra fe a lo largo del camino.

Sin importar nuestras respuestas infieles, esta es la gracia que Dios nos concede. La gracia de Dios es mayor de lo que podemos imaginar. ¡Y afortunadamente, Jesús comparte con nosotros su fe perfecta en su Padre!

La mayor provisión de Dios en esta historia no es el maná ni la carne, sino su presencia. Después de que Aarón les habla, miran hacia el desierto y «la gloria del Señor apareció en la nube». Eso era lo que más necesitaban en el desierto: saber que Dios estaba con ellos, que no los había abandonado y que los acompañaría hasta el final. Es el mismo Dios en la nube que los protegió de los egipcios en el Mar Rojo.

Eso es precisamente lo que más necesitamos. Vivir en esta época de maldad no siempre se siente como un paraíso. A menudo nos deja sedientos, hambrientos, cansados y anhelando más. El camino incluye decepción, sufrimiento y, a veces, grandes pérdidas.

Sin embargo, al recordar a nuestro Señor Jesús en la cruz, recordamos que entró en nuestro desierto para restaurarlo y llevarnos a su nueva creación. Y por medio del Espíritu, continúa

presente con nosotros en el desierto. Así que, sin importar el desierto que estés atravesando hoy, alza la vista. El Dios que nos sacó de allí nos llevará a casa. Y hasta que llegue la plenitud de su reino, podemos seguir adelante con esperanza.

Finalmente, al final del pasaje, Dios cumple su palabra. Les da a Israel carne por la tarde y pan por la mañana. Tanto la codorniz como el maná vienen del cielo. Esto representa la gracia de Dios que descende sobre nosotros. En última instancia, es Jesús quien fue enviado a nosotros como la gracia de Dios. Es Jesús nuestro Pan de Vida quien envía su Espíritu a descender sobre nosotros como un ave.

La historia de Israel nos remite a una historia mayor: la liberación definitiva de toda forma de esclavitud y opresión, asegurada para nosotros en Jesucristo, nuestro Señor. En él, vemos la plena y perfecta auto-revelación de Dios. A través de las palabras y acciones de Jesús, llegamos a conocer al Dios santo, justo y cercano; el Dios que está más comprometido con nosotros de lo que nosotros mismos lo estamos. Jesús nos muestra al Padre que no podemos ver porque el pecado nos ha cegado.

Cuando leemos el Éxodo a la luz de Jesús, ambos testamentos se unen como un solo testimonio del Dios Todopoderoso que conocemos como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Este es el Dios de amor, el Dios que no abandonará su creación ni la entregará a nada que se oponga a sus hijos. Dios sana lo que está roto, reconcilia lo que está alejado y nos transforma en una nueva

criatura. La gracia de Dios es mayor de lo que podemos imaginar .

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

● ¿Recuerdas alguna ocasión en la que hayas reaccionado con quejas, como lo hizo el pueblo de Israel en esta historia?

● ¿Viste la gracia de Dios en su respuesta?

Dios respondió de inmediato a las quejas de Israel, alimentándolos sin reprenderlos.

● ¿Qué nos enseña esto acerca de su carácter y su gracia?

Las circunstancias de Israel se volvieron más importantes que la promesa de Dios.

● ¿Qué recordatorios o «pan de cada día» te ayudan a recordar la fidelidad de Dios?

Los israelitas vivieron entre el Mar Rojo y la Tierra Prometida, y nosotros vivimos en el «ya, pero todavía no», entre la victoria de Cristo y la plenitud del reino de Dios.

● ¿Cómo cambia esta perspectiva nuestra comprensión de las dificultades, la espera o la decepción?

Como un jefe encubierto en un programa de televisión, Jesús sorprendió a todos al llegar de una manera inesperada. Algunos líderes incluso intentaron descifrar su secreto. Pero Jesús demostró que los caminos de Dios son diferentes a lo que pensamos, y que a veces necesitamos renunciar a nuestras ideas para encontrar la felicidad y la paz en el plan divino.

[Salmo 78:1-4](#) , [12-16](#) • [Éxodo 17:1-7](#) • [Filipenses 2:1-13](#) • [Mateo 21:23-32](#)

El tema de esta semana es Dios está con nosotros. En Éxodo 17:1-7 encontramos a los israelitas en su viaje desde la esclavitud en Egipto hasta la Tierra Prometida. En el camino, se enfrentan a dificultades que los llevan a clamar a Dios y quejarse contra Moisés. En la respuesta de Dios a sus clamores, ellos (y nosotros) somos invitados a experimentar la verdad de que Dios está con ellos. En el Salmo 78 , el salmista alaba a Dios al recordar su fidelidad a su pueblo. En Filipenses 2 , Pablo exhorta a la iglesia a vivir sus vidas a la luz de su unidad con Jesús, recordándoles que él está obrando en ellos para cumplir su buen propósito. En Mateo 21 , Jesús aborda la fuente de su autoridad, el arrepentimiento y la participación en el reino de Dios.

[Éxodo 17:1-7](#)

Dios está con nosotros

[Lee o pide a alguien que lea el pasaje de las Escrituras.]

El agua de la roca

17 Toda la comunidad israelita partió del desierto de Sin por etapas, según lo había ordenado el Señor. Acamparon en Refidín, pero no había allí agua para que bebieran, 2 así que discutieron con Moisés.

—Danos agua para beber —le exigieron.

—¿Por qué discuten conmigo? —se defendió Moisés—. ¿Por qué provocan al Señor?

3 Pero los israelitas estaban sedientos, y murmuraron contra Moisés.

—¿Para qué nos sacaste de Egipto? —reclamaban—. ¿Solo para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestro ganado?

4 Clamó entonces Moisés al Señor y dijo:

—¿Qué voy a hacer con este pueblo? ¡Solo falta que me maten a pedradas!

5 —Adelántate al pueblo —le aconsejó el Señor— y llévate contigo a algunos jefes de Israel, pero lleva también la vara con que golpeaste el Nilo. Ponte en marcha, 6 que yo estaré esperándote junto a la roca que está en Horeb. Dale un golpe a la roca, y de ella brotará agua para que beba el pueblo.

Así lo hizo Moisés, a la vista de los jefes de Israel. 7 Además, a ese lugar lo llamó Masá, y también Meribá, porque los israelitas habían probado al Señor y altercado con él, al decir: «¿Está o no está el Señor entre nosotros?». [Éxodo 17:1-7](#) NVI

Durante los últimos seis domingos, hemos visto cómo Dios nos revela cada vez más quién es a través de la historia del Éxodo. ¿Qué hemos aprendido acerca de Dios?

Dios escucha nuestro sufrimiento. Dios desciende. Dios nos salva.

Aprendimos que en el Mar Rojo, Dios se dio a conocer. Cuando Israel quedó atrapado entre el ejército del faraón y el mar, Dios hizo lo que solo Él podía hacer: abrió un camino donde no lo había. Separó las aguas y rescató a Israel de la esclavitud. Este poderoso acto prefiguraba a Jesucristo. Él es el Creador que entró en su propia creación para rescatarnos de la profunda esclavitud del pecado y la muerte, y llevarnos a la nueva creación de Dios.

El domingo pasado, la historia continuó en el desierto. El pueblo había sido rescatado de la esclavitud, pero ahora vagaba por el desierto. El hambre pronto sustituyó la alegría, y el miedo comenzó a ahogar el recuerdo de la fidelidad de Dios. Sin embargo, incluso cuando se quejaban, Dios respondió con gracia. Les dio pan del cielo y les recordó que no los había abandonado. Descubrimos que la gracia de Dios es mayor de lo que podemos imaginar.

Hoy, la travesía por el desierto continúa. Esta vez el problema no es el hambre, sino la sed. Una vez más, Israel se encuentra en una situación sin solución humana. Una vez más, comienzan a cuestionarse si realmente pueden confiar en Dios.

En la lectura bíblica de hoy, encontramos al pueblo de Israel en medio de un viaje muy difícil.

Imaginemos que somos excursionistas novatos. Imaginemos que elegimos una ruta porque la vista desde la cima es mundialmente famosa por su belleza. Pero después de tres horas de caminata, estamos acalorados, cansados, sedientos, doloridos y preguntándonos qué tipo de vista justifica tanto esfuerzo. Emprendimos la caminata con la promesa de una vista espectacular. Pero durante el arduo recorrido, cuando aún no vemos el final, empezamos a dudar si la vista prometida realmente vale la pena.

Empezamos a preguntarnos si deberíamos dar la vuelta. Así es este viaje para Israel. Llegan a un lugar donde no hay agua.

Toda la comunidad israelita partió del desierto de Sin, viajando de un lugar a otro según el Señor les había ordenado.

Acamparon en Refidim, pero no había agua para beber. 2

Entonces discutieron con Moisés y le dijeron: «Danos agua para beber». [Éxodo 17:1-2a](#) NVI

Así que discutieron con Moisés.

—Danos agua para beber —le exigieron.

—¿Por qué discuten conmigo? —se defendió Moisés—. ¿Por qué provocan al SEÑOR?

³ Pero los israelitas estaban sedientos, y murmuraron contra Moisés.

—¿Para qué nos sacaste de Egipto? —reclamaban—. ¿Solo para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestro ganado?

⁴ Clamó entonces Moisés al SEÑOR y dijo:

—¿Qué voy a hacer con este pueblo? ¡Solo falta que me maten a pedradas!

Éxodo 17:2b-4 NVI

Es fácil juzgar a los israelitas por quejarse. Podríamos pensar: «Deberían confiar más en Dios». Pero no sólo se sentían incómodos, sino que corrían peligro. La sed en el desierto podía significar la muerte.

Y todo esto es nuevo para ellos. Habían vivido durante generaciones bajo líderes crueles y abusivos. Todavía están descubriendo qué clase de Dios los guiaba.

Saben que es el Dios de sus antepasados. Pero sus ideas sobre él estaban influenciadas por la cultura egipcia, las costumbres y los dioses falsos que veneraban.

Así que, al no ver agua, temen lo peor: tal vez Dios los ha abandonado. Tal vez este sea el tipo de Dios que los rescataría solo para dejarlos muertos. ¿Cómo iban a saberlo?

Como ven, Dios los estaba formando para que fueran su pueblo. Pero ellos estaban al comienzo del proceso.

Tal vez podamos tener paciencia con sus preguntas y su falta de confianza. La confianza nace de la relación. Apenas estaban empezando a conocer a Dios, a tener una relación con él.

Lo mismo ocurre con muchos de nuestros vecinos. ¿Podemos abrirles espacio para sus preguntas a medida que su fe en Dios crece gradualmente? Hoy, Dios sigue formando su propio pueblo e invitando a nuevas personas constantemente.

El viaje de Israel por el desierto es un lugar donde Dios responde a las preguntas del pueblo. Dios escucha los clamores del pueblo y lo pone a prueba. Y en el pasaje de hoy, es la primera vez que el pueblo pone a prueba a Dios. Dios se revela a su pueblo, restaurando y fortaleciendo la relación.

Los israelitas no solo se quejan por la falta de agua. Les cuesta confiar en una promesa que aún no pueden ver.

La promesa comienza con Abraham, generaciones antes de Moisés. Dios prometió que daría a los descendientes de Abraham su propia tierra. Los convertiría en una gran nación. Sería su Dios y los bendeciría.

Con el tiempo, esta promesa se centró en la tierra que se les había prometido, por eso fue llamada la Tierra Prometida. Era un lugar donde vivirían en libertad con Dios y recibirían sus bendiciones. Pero al comienzo del Éxodo, esa promesa parece muy lejana.

Así pues, la cuestión central de este encuentro es si Dios está con el pueblo o no. ¿Está Dios entre nosotros? ([Éxodo 17:7](#))

Esta pregunta revela algo sobre lo que los israelitas creían acerca de Dios. Creían que si Dios estaba con ellos, entonces habría agua. Estaban aprendiendo a creer que Dios es poderoso y capaz de proveerles. Dios ya les había provisto todo lo necesario para llegar a ese punto de su viaje.

Incluso podríamos decir que esperaban que él les proporcionara agua. Si Dios estaba con ellos, les daría agua. No había agua, así que ¿dónde estaba Dios? ¿Estaba Dios con ellos, o habían sido abandonados? ¿Indicaba esto que, en lugar de ver cumplida la promesa, verían la muerte en el desierto? Mientras la sed y el miedo llenaban los corazones y las mentes de los israelitas, Moisés les preguntó: «¿Por qué ponen a prueba al Señor?».

Luego, en los versículos 5 y 6:

⁵ —Adelántate al pueblo —le aconsejó el SEÑOR— y llévate contigo a algunos jefes de Israel, pero lleva también la vara con que golpeaste el Nilo. Ponte en marcha, ⁶ que yo estaré esperándote

junto a la roca que está en Horeb. Dale un golpe a la roca, y de ella brotará agua para que beba el pueblo.

Así lo hizo Moisés, a la vista de los jefes de Israel.

Éxodo 17:5-6 NVI

En respuesta a las súplicas del pueblo, Dios le dice a Moisés: «Estaré delante de vosotros». Les recuerda así su presencia con Israel.

Dios corrige su interpretación de que la falta de agua podría significar que los había abandonado. Revela su presencia. Enseña a Israel que no es un Dios que abandona a su pueblo. El Señor se presenta ante Moisés y provee agua para el pueblo.

En esta prueba, podemos preguntarnos si el pueblo de Israel comienza a ser puesto a prueba y aprende no solo lo que Dios puede hacer, sino también quién es Él : que es un Dios fiel. Que Dios es el mismo ayer, hoy y siempre. Que es digno de confianza. En medio de esta adversidad, aprenden que Dios está con ellos, sin importar cuán difícil sea su situación.

Esta no será la última vez que Israel cuestione a Dios, pero están aprendiendo que incluso en el desierto Dios está con ellos. Aun cuando se sienten lejos de que se cumpla la promesa, lejos de su plenitud, Dios está con ellos. En su sed, Dios está con ellos. Incluso en sus dudas y quejas, Dios está con ellos. Incluso en sus pruebas, Dios está con ellos.

En muchos sentidos, el viaje por el desierto se revela como un camino de transformación y preparación para que los israelitas puedan experimentar el cumplimiento de la promesa. En ese momento, la realidad de la promesa y su cumplimiento les resultaba demasiado grandiosa, ajena e incomprensible. No estaban preparados para disfrutar de la bondad de la Tierra Prometida tras generaciones de esclavitud. Necesitaban ser preparados, formados. Su capacidad para vivir la promesa de Dios debía expandirse.

Los israelitas ya son libres, pero aún no están en la Tierra Prometida. Han sido rescatados, pero siguen en el desierto, vagando por él. Tienen sed, miedo e incertidumbre. Esa brecha entre lo que Dios les ha prometido y lo que están viviendo es donde reside la tensión. A menudo nos referimos a esto como el dilema del «ya, pero todavía no».

¿Te resulta familiar esta tensión entre el “ya, pero todavía no”?
¿Refleja esta experiencia de atravesar un desierto, hambriento y sediento, sin saber si Dios está contigo, momentos de tu propia vida?

Esta tensión entre la promesa y su cumplimiento, propia del desierto, es como el momento histórico que vivimos. El Reino de Dios ya está aquí, pero aún no se ha manifestado en su plenitud. Ya, pero aún no. Jesús ya nos ha dado la promesa de salvación, y sin embargo, seguimos en camino hacia la consumación de la redención en la eternidad.

En cierto modo, podemos considerarnos también como parte de la historia del éxodo, con toda la humanidad como el pueblo de Israel, solo que Jesús es el Moisés perfecto. Vivimos nuestra propia travesía por el desierto. Una travesía que Jesús guía a toda la humanidad, liberándola de la opresión del pecado y llevándola a la promesa de plenitud y redención. Una travesía de transformación y preparación para su Reino. Una travesía donde se revela a nosotros, nos enseña quién es, restaura y fortalece nuestra relación. Una travesía donde desafía nuestra forma de pensar y nos invita a sus verdades.

En esta tensión entre la promesa y su cumplimiento, ¿te preguntas acaso: «¿Está el Señor entre nosotros o no?»? Podemos mirar a nuestro alrededor y ver cuestiones de vida o muerte. Sed sin agua a la vista. Vemos sufrimiento. Nos preguntamos cuándo, o si acaso, veremos el cumplimiento de las promesas de Dios. Empezamos a cuestionar el propósito del camino. Empezamos a cuestionar nuestro destino. Nosotros, el pueblo de Dios, estamos muriendo. ¿Está el Señor entre nosotros o no?

Tal como lo hizo con los israelitas en el desierto, el Señor se presenta ante nosotros para declarar: «Sí, estoy con ustedes». Esta vez, el Señor se presenta ante nosotros y, en lugar de darnos agua física para saciar nuestra sed, nos da a Jesucristo, el Hijo de Dios, agua viva, para saciar la sed del alma. Jesús es la declaración definitiva de que Dios está con nosotros .

La vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesús son la respuesta definitiva a la pregunta milenaria: ¿Está el Señor entre nosotros o no?

Jesús, el Hijo de Dios, se hizo humano, se convirtió en uno de nosotros. Esa es la Encarnación. Él es Emanuel, Dios con nosotros. Por el poder del Espíritu Santo, vivió una vida humana, murió una muerte humana, resucitó en un cuerpo humano redimido y ascendió en este cuerpo a la diestra de Dios Padre en el cielo. Y no nos abandona, ni puede abandonarnos, como tampoco puede abandonarse a sí mismo. Al hacerse humano y resucitar en una humanidad redimida, ha declarado que está entre nosotros como uno de nosotros por toda la eternidad. Se ha unido a la humanidad: Jesús no puede estar en ningún otro lugar sino con nosotros.

Jesús es la promesa, el cumplimiento y nuestro guía en el camino que recorreremos. Él es el primer ser humano en entrar en la Tierra Prometida, el Reino de Dios, y experimentar la plenitud de una humanidad redimida.

Él redime a la humanidad por nosotros, recorriendo el camino que nosotros no podíamos, y nos lleva consigo. Nos introduce en la relación misma de Padre, Hijo y Espíritu Santo, una promesa que se cumple más allá de nuestra imaginación. Dios está con nosotros y nos lleva a donde está él. La gracia de Dios es mayor de lo que podemos imaginar.

Seguiremos encontrándonos en travesías por el desierto, tanto a nivel personal como colectivo. Vivimos en la tensión entre la

promesa y su cumplimiento, ya presentes pero aún no cumplidos, el Reino cerca pero aún no en su plenitud. En este viaje por el desierto, sentimos hambre, cansancio, sed, nos enfrentamos a la muerte y la desesperación. Sí, cuestionamos nuestras experiencias, nuestras creencias acerca de Dios y si Él está con nosotros. Pero en Jesucristo, podemos tener la certeza de que incluso en los desiertos más áridos, en los más inhóspitos, Dios está con nosotros .

Él es tanto la promesa como el cumplimiento; por lo tanto, es digno de confianza para resolver la tensión entre el ya, pero todavía no. Él mismo es el puente entre la promesa y el cumplimiento, por lo que habita con nosotros cada momento intermedio, por confuso que sea. No nos abandonará. No puede abandonarnos. Porque ha elegido hacerse uno de nosotros en Jesucristo.

El desierto se convierte en un lugar donde podemos encontrarnos con Dios, donde se revela y nos enseña quién es. El desierto se convierte en un lugar de transformación y preparación, en lugar de desolación. No estamos abandonados a nuestra suerte ni se nos deja solos para que nos las arreglemos por nuestra cuenta. Dios es fiel, incluso cuando nosotros no podemos serlo. Esto significa que ya tenemos la parte más hermosa de la promesa: Dios habitando en comunión con su pueblo. Incluso en medio de las dificultades, ya tenemos lo que más importa: Dios con nosotros.

Esta certeza nos anima a vivir con esperanza. Sabemos que la plenitud está por llegar. Él no nos trajo aquí para morir. Nos

anima a entrar en lugares de desesperación y angustia, declarando que Dios ya está presente y obrando en ese lugar. Nos anima a clamar a Dios, sabiendo que responde con su misma presencia. Nos anima a reconocer que Dios quiere más para nosotros, que estamos en un camino hacia la plenitud. Nos anima a participar en la obra de transformación que Dios está realizando en, a través de y alrededor de nosotros. Nos desafía a interpretar nuestras circunstancias a través de la presencia de Dios, en lugar de interpretar la presencia de Dios a través de nuestras circunstancias.

Incluso en el desierto, en los lugares más desesperados y desolados, Dios está con nosotros .

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

● ¿De qué maneras te identificas con los israelitas?

● ¿Qué te lleva a preguntarte: «¿Está el Señor entre nosotros o no?»

● ¿Cómo influye el saber que vivimos en el "ya, pero todavía no" (ya salvados, todavía no completamente restaurados) en nuestra forma de responder al sufrimiento, la decepción o la espera?

● ¿Qué se siente al saber que Dios no puede abandonarnos porque se ha hecho uno de nosotros en Jesucristo?

● ¿Qué diferencia supone que Dios esté con nosotros? ¿Qué revela Dios sobre sí mismo a través de su presencia?

INICIO

